

LA EUCARISTÍA

2026

Plática (día 44)

Hola, queridos ejercitantes. Yo soy el padre Harley Carneiro. Soy monje en el Monasterio de la Sagrada Familia, en Séforis, aquí cerquita de Nazaret, en Israel, en Tierra Santa. Vivo en la casa donde la tradición dice que fue la casa de San Joaquín y Santa Ana, los abuelos de Nuestro Señor, los papás de la Virgen Santísima.

Para esta Plática, para estos Santos Ejercicios Espirituales que ustedes están haciendo, me pidieron tratar el tema de la Eucaristía, un hermoso tema para considerar y reconsiderar siempre en nuestra vida de fe, en nuestro camino espiritual en dirección a este ascenso que debemos tener hasta nuestra meta, que es la unión de nuestra alma con Dios.

No es insignificante el hecho de que el Concilio Vaticano II, en su Constitución Apostólica *Lumen Gentium*, ha dicho que la Eucaristía es «fuente y culmen de toda la vida cristiana». **(LG 11)**

Lo que pretendo hacer entonces con esta Plática es abordar justamente un punto de vital importancia para nuestro crecimiento diario en la vida de la gracia, que es el contacto directo y frecuente que tenemos o deberíamos intentar tener con este Augusto Sacramento. Para esto:

- En primer lugar, vamos a tratar sobre el modo en que Dios nos manifiesta su amor en este Sacramento.
- En segundo lugar, tomaremos algunos puntos de un librito muy bueno, muy recomendable, de Monseñor de Segur, que se intitula *La Sagrada Comunión*; es verdaderamente una joya este librito, es cortito y muy práctico, de donde vamos a sacar puntos así bien prácticos justamente para ayudarnos a aprovechar mejor nuestras comuniones y especialmente nuestras comuniones frecuentes; a los que comulgan diariamente, ¡perfecto! cómo sacar mejores frutos de esto; a los que no comulgan tan frecuentemente para animarlos a que lo hagan.
- Y al final, como tercera parte, como colofón, hablaremos rápidamente de algunos beneficios que podemos percibir en nosotros cuando creemos verdaderamente en el milagro de la Eucaristía.

Para la primera y la tercera parte de esta Plática voy a tomar dos escritos del padre Carlos Miguel Buela. El primero justamente se intitula *El Monumento Vivo del Amor de Dios*. Y ahí empezamos con la primera parte de esta Plática.

1- EL MONUMENTO VIVO DEL AMOR DE DIOS¹.

Dice:

Por amor envió Dios a su Hijo al mundo para que éste diese su vida por nosotros en la Cruz: *«tanto amó Dios al mundo que le dio su unigénito Hijo...»* (Jn 3, 16), de tal manera que: *«El amor de Dios hacia nosotros se manifestó en que Dios envió al mundo a su Hijo unigénito... En eso está el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó y envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados.»* (1Jn 4, 9-10)

Amor, entonces, que **se manifiesta en la Encarnación del Verbo y en la Redención al morir como propiciación por los pecados de todos.**

Se trata de un **amor precursor** porque Dios se adelanta, Él lleva la iniciativa, Él tiene la primacía en el amor. San Juan, a quien podríamos llamar «el teólogo del amor» porque siempre habla del Amor de Dios, dice en su Primer Carta: *«Él nos amó primero»* (1Jn 4, 19).

También es un **amor que tiene su origen en Él**, porque dice San Juan: *«...la caridad procede de Dios»* (1Jn 4, 7). Él es la fuente inexhausta de todo el verdadero amor, y toda chispita de amor, por más pequeña que sea, brota de esta hoguera ardiente de caridad que es el Amor de Dios.

Se trata de un **amor más grande**, porque justamente San Juan dice en el Evangelio: *«Nadie tiene amor mayor que éste de dar uno la vida por sus amigos»* (Jn 15, 13).

Se trata también de un **amor de elección**: *«No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros...»* (Jn 15, 16).

Se trata de un **amor fecundo, pleno, permanente**. En el mismo Evangelio de San Juan podemos leer: *«y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto permanezca...»*

Pues bien, este Amor de Dios no sólo se manifiesta por el hecho de que el *«Verbo se hizo carne»* (Jn 11, 14), no sólo se manifiesta por su Pasión y Muerte en la Cruz: *«Padre, perdónalos...»* (Lc 23, 34), sino que, además, Él ha dejado **un monumento vivo, un monumento perpetuo, un monumento eficaz, máximo de su amor: ¡la Eucaristía!** *«Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo los amó hasta el fin»* (Jn 13, 1), los amó hasta no poder más, los amó hasta el extremo, los amó hasta quedarse bajo el pan y bajo el vino. Es decir, nos amó a ti, a mí, **¡nos amó hasta la Eucaristía!**

La Santa Misa

La gran escuela del amor cristiano es la Misa. Ella abre sus puertas todos los días, y las abrirá hasta el fin del mundo, *«hasta que Él venga»* (1Cor 11, 26). Para todo el que quiera **aprender a amar como Cristo**, ella —la Misa— es maestra solícita, que no sólo enseña con las palabras, sino, lo que es mucho más, con el mismo hecho que representa.

En la Misa, al aprender a amar, nos manifestamos como hijos de Dios porque, como dice San Juan en su Primera Carta: *«todo el que ama es nacido de Dios»* (1Jn 4,7); lo vamos conociendo más a Él, porque también dice San Juan: *«todo el que ama... a Dios conoce. El que no ama no conoce a Dios, porque Dios es amor»* (1Jn 4, 7-8); vamos teniendo vida por Él: *«...para que nosotros vivamos por Él»* (1Jn 4,9).

¹ PADRE CARLOS MIGUEL BUELA, *Servidoras* – Tomo V – 1ª Parte, Cap. 3.

En la Misa, con el Pan Eucarístico, Dios nos va enseñando, en el molino de su Corazón, a dejarnos moler como el grano de trigo: «*En verdad, en verdad os digo que, si el grano de trigo no cae en la tierra y muere quedará solo; pero, si muere, llevará mucho fruto*» (Jn 12,24), hasta enseñarnos a **amar con su mismo amor**.

Al amarnos nos enseña a amar, ya que amor con amor se paga.

Nos enseña a amar a Dios: «*Dios es amor y el que vive en el amor permanece en Dios, y Dios en él*» (1 Jn 4,16), «*este es el amor de Dios: que guardemos sus preceptos*» (1 Jn 5,3); y también nos enseña a amar al prójimo: «*...amémonos los unos a los otros, si de esta manera nos amó Dios, también nosotros debemos amarnos unos a otros... si nosotros nos amamos mutuamente, Dios permanece en nosotros y su amor es en nosotros perfecto... quien ama a Dios ama también a su hermano*» (1 Jn 4, 6.11-12.21).

En la Misa, esta gran palestra del amor cristiano, nos habituamos a **permanecer en el amor de Dios**, abrevando en las fuentes del Espíritu Santo: «*conocemos que permanecemos en Él y Él en nosotros en que nos dio su Espíritu*» (1 Jn 4,13); nosotros aprendemos a ser testigos de ese amor más grande: «*...damos de ello testimonio, que el Padre envió a su Hijo por Salvador al mundo*» (1 Jn 4,14); podemos alcanzar la perfección en el amor, porque dice San Juan en su Evangelio: «*la perfección del amor en nosotros se muestra en que tengamos confianza... porque como es Él, así somos nosotros en este mundo*» (Jn 4, 17); «*todo el que ama al que le engendró, ama al engendrado de Él*» (1 Jn 5,1). Y «*conocemos que amamos a los hijos de Dios en que amamos a Dios y cumplimos sus mandamientos*» (1 Jn 5,2).

En la Misa, vamos conociendo y creyendo cada vez más en el amor, porque dice San Juan en su Primera Carta: «*nosotros hemos conocido y creído en el amor que Dios nos tiene*» (1 Jn 4,16).

En la Misa, con el Vino Eucarístico, Dios nos va enseñando, en el lagar de Su Corazón a triturar, como los granos de uva, nuestros egoísmos, nuestras faltas de solidaridad, nuestros atentados contra la unidad. San Pablo se pregunta en la Primera Carta a los Corintios: «*El cáliz de bendición que bendecimos, ¿no es la comunión de la sangre de Cristo?*» (1 Cor 10,16).

En la Misa, **Cristo mismo nos va formando en la escuela de su Amor**. En la mesa del Altar Él va amasando nuestro corazón con el suyo, hecho esta blanca harina de trigo, y ahí, en este momento Él nos enseña con esa delicadeza que tiene de Maestro, con este cariño de Padre, con nobleza de Rey, con fuerza de León, con una mansedumbre de Cordero, con esta seguridad de Camino, con ese exceso de Salvador, con compartir de Compañero, con esta cercanía de Hermano, con la majestad de Señor, con la confianza de Amigo, Él nos enseña que: «*si no tengo amor, yo no soy nada... no teniendo amor, nada me aprovecha*» (1 Cor 13, 2-3). «*El amor es paciente y servicial*». [Podemos entrar en el Himno de la Caridad de San Pablo:] «*El amor no es envidioso; no es jactancioso; no se engríe; no es descortés; no busca su interés; no se irrita; no toma en cuenta el mal; no se alegra de la injusticia. El amor se alegra con la verdad. El amor todo lo excusa. El amor todo lo cree. El amor todo lo espera. El amor todo lo soporta. El amor no morirá jamás*» (cf. 1 Cor 13, 2-8). Habiendo amado a los suyos los amó hasta el fin, hasta no quedarse con ningún secreto en su Corazón, hasta enseñarnos a amar con el amor de su mismo Corazón, hasta hacernos «*víctimas vivas para alabanza de Su Gloria*»² (...)

(...) La Santa Misa nos recuerda que:

«*El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado*³, y la participación del Cuerpo y Sangre de Cristo, cuando comemos el pan y bebemos el cáliz, nos

² Cf. *Misal Romano*, Plegaria Eucarística IV, 137.

³ Rm 5, 5.

lo recuerdan insinuándonos, con ello, que también nosotros debemos morir al mundo y tener nuestra vida escondida con la de Cristo en Dios, crucificando nuestra carne con sus concupiscencias y pecados⁴.

La Misa nos transmite el **don de su amor**:

Debemos decir, pues, que todos los fieles que aman a Dios y a su prójimo, aunque no lleguen a beber el cáliz de una muerte corporal, deben beber, sin embargo, el cáliz del amor del Señor, embriagados con el cual, mortificarán sus miembros en la tierra y, revestidos de nuestro Señor Jesucristo no se entregarán ya a los deseos y placeres de la carne, ni vivirán dedicados a los visibles, sino a los invisibles. De este modo, beberán el cáliz del Señor y alimentarán con él la caridad, sin la cual, aunque haya quien entregue su propio cuerpo a las llamas, de nada le aprovechará. En cambio, cuando poseemos el don de esta caridad, llegamos a convertirnos realmente en aquello mismo que sacramentalmente celebramos en nuestro sacrificio⁵.

En cada Misa, Dios nos dice a cada uno de nosotros: «Te amo». Él nos besa como una madre a su hijo. Él nos ve en su Hijo. Dios nos trata como «hijos en el Hijo» y nos dice: «*Tú eres mi Hijo, muy amado, en quien me complazco*» (cf. **Mt 17,5**). Nosotros deberíamos responder, con los labios y con el corazón, pero sobre todo con nuestra vida: «Señor, te amo». Cada día a esta pregunta que el Señor nos hace: ¿«... me amas más...»? (**Jn 21, 1 y ss**), deberíamos poder responder con San Pedro: «*Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te amo!*» (**Jn 21, 17**). El amor de Dios por nosotros lo llevó a instaurar la Eucaristía, es decir, a hacerse comida y bebida por nosotros, a dejarse comer por su criatura para hacerse una sola cosa con ella, de manera que a semejanza del amor esponsalicio «*ya no sean dos, sino una sola carne*» (**Mt 19,6**), de ahí que, gracias a la Eucaristía, nosotros podamos no sólo considerar a Jesús como nuestro contemporáneo, sino además, llegar a ser Él. San Pablo ya nos enseñó eso con su ejemplo al cual debemos buscar imitar; dijo San Pablo: «*Ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí*» (**Gal 2,19**).

La crisis en la participación de la Misa dominical, que en algunas partes se va agravando, se debe a la crisis general de la fe, pero, sobre todo, su causa es la **crisis de amor en que se debate el mundo contemporáneo**,

[El mundo, la sociedad, los hombres de hoy día, viven inmersos en una crisis de amor. Por eso es tan importante el participar en la Misa porque es la escuela del amor. De hecho, el panorama del mundo actual] nos hace recordar las Palabras del Señor en el Evangelio de Mateo, en el discurso escatológico del Capítulo 24: «...*se enfriará la caridad de muchos*» (**Mt 24,12**).

El alma que ama a Dios no puede dejar la Santa Misa.

El hecho de que la Misa sea una obra de amor y que como respuesta requiera amor, nos pide que le retribuamos amor, hace que sea difícil enseñar la participación en la Misa por medio de normas.

Por ese motivo es que ahora, trataremos de seguir algunas consideraciones de Mons. de Segur para que podamos aprender a sacar más fruto de este intercambio de amor que el Señor espera poder desarrollar con nosotros en la Comunión Eucarística, en la Misa.

⁴ *Contra Fabiano*, cap. 28,16-19: CCL 91 A, 813-814.

⁵ SAN FULGENCIO DE RUSPE, *Contra Fabiano*. *Ibidem*.

2- ENAMORADOS DE LA COMUNIÓN

Para ser algo bien práctico, y nos ayude realmente a comprender las verdades de las que hablaremos en seguida, vamos a seguir el mismo método que sigue el autor en su escrito, Monseñor de Segur; es decir, vamos a abordar todos estos temas como si fuesen objeciones y luego sus respectivas respuestas, como si fuera un diálogo:

«Tú me propones una objeción; y yo te voy a proponer la respuesta». Te voy a dar la base de lo que dice el autor, Monseñor de Segur, justamente refutando las objeciones, y lo que intenta hacernos, a lo largo de todas las objeciones que vamos a ver, es hacer que nos acerquemos y nos enamoremos de la Comunión y por supuesto si uno está enamorado de la presencia de Jesús en la Eucaristía, uno va a sacar muchísimos frutos de esta unión de amores.

* **Conozco muchas personas piadosas que comulgan muy rara vez.**

(Es decir, son personas piadosas que no comulgan a menudo).

Dice el autor:

«Yo en cambio, conozco muy pocas; pudiendo además afirmar que **muy pocas son las personas que comulgando a menudo no sean verdaderamente piadosas** en toda la acepción de la palabra».

El autor hace una aclaración:

No hay que caer en el error de tener por personas piadosas las que sólo son religiosas. Ante todo, es necesario que **no confundas la religiosidad con la piedad**. Basta observar al pie de la letra los Mandamientos de Dios y de la Iglesia, basta oír Misa todos los domingos y demás fiestas de guardar, comulgar en las más señaladas, guardar el debido respeto a la religión y vivir honradamente, para ser una persona religiosa; pero de esto a ser verdaderamente piadosa va una diferencia inmensa; pues para que se pueda decir de una persona que es piadosa, es necesario que vaya más allá, **que viva más identificada con el amor de Jesucristo**.

Es lo que distingue una persona religiosa de una persona piadosa, más identificada con el Amor de Jesús.

El cristiano que una vez ha entrado en las prácticas de la verdadera piedad, no se ciñe exclusivamente al cumplimiento de los preceptos, sino que emplea todas sus fuerzas para poner en práctica todos y cada uno de los consejos que nos da el Evangelio, tales como el desprendimiento de sí mismo, el recogimiento interior, el celo por la salvación de las almas, en una palabra, todo aquel hermoso conjunto de virtudes que constituyen o forman la santidad cristiana; obrando más bien por amor que por deber, y tomando la preciosa costumbre de considerar el servicio de Dios, no como un yugo pesado, sino como un deber tierno y filial.

* **No soy digno de acercarme a Dios.**

Vemos que el autor se vale mucho del sentido común de cosas que nosotros a veces ignoramos o pasamos por alto, cosas que al escucharlas nos caen como una verdad en el corazón porque realmente es así; pero necesitamos abrir el oído, abrir el corazón, estar

dispuestos a escuchar porque lo que nos está haciendo y lo que quiere hacer con nosotros el Señor es acercarnos a Él, a este contacto íntimo en la Comunión.

A esta objeción, el autor responde:

Si esta razón fuese válida, nosotros no podríamos comulgar nunca, porque como dice San Ambrosio: «El que no es digno de comulgar cada día, ¿lo será al cabo de un año?»

Dices que eres indigno de comulgar; pero, ¿no sabes que, a medida que te vas alejando de Jesucristo, te haces indigno y más indigno de acercarte a Él? Tus faltas crecen cuanto menos frecuentes los Sacramentos, porque te privas de aquel Pan de vida que el Concilio de Trento, con San Ignacio de Antioquía, propone a los fieles como antídoto contra el pecado y prenda segura de inmortalidad.

Dejad, pues, a un lado esa falsa humildad, esa humildad de contrabando. Muy bien sabe la Iglesia que no eres digno de comulgar, y sin embargo te invita a hacerlo con frecuencia y **con mucha frecuencia**, si quieres llegar a ser un verdadero servidor de Dios. También sabe Ella que no eres digno de comulgar, ni tú ni nadie, que obliga a todos sus hijos, a los sacerdotes y hasta a los mismos obispos, a decir del fondo del corazón, antes de comulgar: «Señor, no soy digno de que entres en mi casa...».

La Iglesia no te hace comulgar porque seas digno, sino porque tienes necesidad de comulgar para ser lo menos indigno posible de tu Santísimo y Bondadosísimo Señor. Te exhorta a comulgar, **no porque eres santo, sino para que puedas llegar a serlo**; no porque eres fuerte, sino porque eres débil e imperfecto, inclinado al mal, fácil de seducir y pronto a pecar.

* **Para comulgar a menudo es necesario ser más santo de lo que soy.**

Responde Monseñor de Segur:

Y para llegar a ser más santo de lo que eres es necesario comulgar a menudo.

¿Quién de nosotros dos tiene razón? Evidentemente eres de los que consideran la Sagrada Comunión, no como un medio, sino como una **recompensa. Eso es un error profundo.** Es mucha verdad que, para comulgar frecuentemente, se necesita cierta santidad. Pero, ¿qué santidad es esa? ¿Es acaso la perfección de los grandes santos y de los mártires? De ninguna manera; sería de desear sin duda, pero no es un requisito; la santidad exigida para la Comunión frecuente está a tu alcance y al de todos los verdaderos cristianos, como quiera que es simplemente el **estado de gracia, con el firme propósito de evitar el pecado y servir a Dios con fidelidad.**

Para comulgar con frecuencia y dignamente, **Nuestro Señor sólo te pide en definitiva** que seas un verdadero cristiano y que te halles sinceramente animado de **buena voluntad.** Esa buena voluntad, ¿la tienes? Responde en conciencia. Si no la tienes, estás obligado a adquirirla; de otra suerte violas las sagradas promesas que hiciste en el Bautismo: y si la tienes, ¿por qué no ir a comulgar, a fin de robustecerla y confirmarte más y más en ella?

* **No me atrevo a comulgar sin confesarme, y no puedo confesarme a cada momento**

Monseñor responde:

Y, ¿quién te pide esa perpetua confesión? **La Iglesia**, que nos exhorta encarecidamente a comulgar a menudo, y hasta si posible es, a comulgar cada día, **nunca nos ha impuesto la obligación de confesarse cada vez que comulgamos.**

Recordemos que cuando Monseñor escribe esto, todavía no estaba la permisión explícita de comulgar diariamente. Se fue desarrollando eso más a lo largo del tiempo.

Agrega el autor:

No hemos de ser más católicos que el Papa; no hemos de crearnos obligaciones que, lejos de habernos sido impuestas, ni siquiera se nos aconsejan. Aún más, añado que en el caso presente tu temor es opuesto al principio de la Iglesia. No hay más que un caso en que, según el Concilio de Trento, haya obligación de confesarse antes de comulgar, a saber: **cuando se tiene conciencia de haber cometido un pecado mortal.** Pero las almas cristianas que se acercan con frecuencia a los Sacramentos, pocas veces caen en pecado mortal.

Por lo que toca a **aquellas faltas menos graves que se llaman veniales** y que son inherentes a la flaqueza humana, la fe nos enseña expresamente que **quedan completamente borradas con un acto de amor de Dios y de sincero arrepentimiento;** y para facilitarnos todavía más esa purificación, la Iglesia en su solicitud maternal ha establecido, con el nombre de Sacramentales, medios muy sencillos con cuyo empleo quedan purificadas nuestras conciencias; tales son, entre otros, hacer la señal de la cruz con agua bendita, rezar el Padre Nuestro, el Yo Confieso en la Misa, etc.

Infelizmente, muy pocos tenemos este conocimiento, pero es así: el uso de los Sacramentales nos ayuda a purificarnos de nuestras faltas veniales. Son muchos los medios que podemos hacer para borrar los pecados veniales.

Añade Monseñor de Segur:

Y si después de esto titubeases aún en comulgar a causa de algunos pecados veniales que hubieses cometido desde la última confesión, oye al Concilio de Trento, la gran voz de la Iglesia católica, declarar que **«la Sagrada Comunión preserva del pecado mortal y borra las culpas veniales».**

Medita y comprende bien estas palabras del Concilio: no fue instituida la confesión para borrar tus faltas de cada día, sino la Comunión, esta comunión a la que tienes tanto miedo. Las culpas cotidianas, con tal que te arrepientas sinceramente de ellas, con tal que las detestes, la Comunión las devorará directamente como el fuego devora la paja: el fuego no consume las piedras ni el hierro, pero sí devora y consume la paja. Ahora bien, **las piedras y el hierro son los pecados mortales que sólo puede desmenuzar y reducir a polvo el rudo martillo de la confesión;** la paja son esas faltas menos graves que por desgracia cometemos cada día, a pesar de nuestros buenos deseos.

Este martillo es la Confesión que borra, apaga, destruye, aniquila los pecados mortales que cometemos. El fuego de la caridad, el fuego de la Comunión devora los pecados veniales como el fuego devora la paja.

Si Dios reina en tu corazón, comulga valerosamente, sin temor, antes bien con gozo, a pesar de tus cotidianas flaquezas. Si fueses a encontrar muy a menudo a tu confesor, podrías tener

acaso temor de cansarle; pero yendo a comulgar a menudo y aún cada día, no cansarás a Jesús que tanto te ama: te lo aseguro.

Si son faltas veniales apenas las cosas que te hacen temer la Comunión, arrepiéntete y aborrece esas faltas, y acércate con esa paja de los pecados veniales a la hoguera de la caridad, a la hoguera del amor que es la Comunión.

* **¿Cómo he de atreverme a comulgar con frecuencia, si siempre vuelvo a caer en las mismas faltas?**

¿Y piensas que serás mejor cuando comulgues menos? **Si tomando el ordinario alimento tus fuerzas desfallecen, ¿qué será cuando no comas nunca, o casi nunca?** En lugar de ser débil, te morirás de hambre. Absteniéndose de comer el Pan de los fuertes, centuplicarás tu debilidad y tendrás que llorar, no ya ligeras faltas como ahora, sino caídas gravísimas, pecados mortales.

Decía San Ambrosio, citado por Santo Tomás:

«Cada día peco, luego cada día necesito tomar la medicina»

«Este Pan de cada día se toma como remedio de las flaquezas de cada día».

Esto es justamente lo que la Santísima Virgen María dijo un día a Santa Francisca Romana, muy afligida y turbada por los pocos progresos que observaba en sí aun a pesar de sus comuniones. Entonces, la Virgen le dice con mucha ternura:

Hija mía, las faltas que cometes no deben ser parte para que te abstengas de presentarte a la Sagrada Mesa; muy al contrario, deben excitarte más y más a participar del convite celestial, porque en él encontrarás el remedio a todas tus miserias.

Continua Monseñor de Segur:

Es verdad que la Comunión nos preserva de caer en el pecado mortal, pero también lo es que ni aún la cotidiana nos hace impecables. Mientras estamos en la tierra cometeremos pecados, de manera que se puede decir muy bien que los mejores de entre nosotros no son, en último resultado (en última instancia), sino los menos malos. Sufrámonos, pues, a nosotros mismos, ya que Jesucristo nos sufre.

No debemos acercarnos a la Comunión diaria pensando que vamos a hacernos impecables.

* **No se puede comulgar sin preparación, y no tengo tiempo para prepararme del modo debido.**

La cuestión no está en saber si se puede comulgar sin preparación; **claro está que un acto tan sagrado no puede hacerse a la ligera e inconsideradamente.** La falta de preparación lleva a la tibieza y hace, no sólo inútiles, sino hasta peligrosas las más excelentes prácticas religiosas. Sí, no hay duda: debemos prepararnos y prepararnos con el mayor cuidado y solicitud, para recibir la Sagrada Eucaristía: más todavía, cuando nos hayamos preparado bien y muy bien, debemos humillarnos en la presencia de Dios y pedirle encarecidamente que se digne suplir con su misericordia los defectos de nuestra preparación.

Porque nunca va a ser suficiente del todo.

Pero **¿en qué consiste esta preparación?** ¿Será necesario multiplicar las prácticas de piedad, o hacer largas meditaciones? De ningún modo: muy bueno y laudable es todo esto, y hasta necesario para el que tiene tiempo; mas no todos lo tienen. La Iglesia, que nos exhorta a todos, cualquiera que sea nuestra condición, a comulgar con frecuencia, es la primera en decirnos que **ante todo debemos cumplir con las obligaciones de nuestro estado.**

¿Qué debemos, pues, hacer para disponernos bien? Vivir cristianamente, es decir, orar atenta y devotamente, elevar con frecuencia nuestro pensamiento a Dios, mantenernos interiormente unidos a Él, vigilar nuestro genio a fin de evitar las faltas ligeras, dedicarnos valerosamente al cumplimiento de nuestros deberes para agradar a Dios, y ejercitarnos en la práctica de la humildad y de la mansedumbre. El género de vida que llevamos, esa es la verdadera preparación para la Sagrada Comunión; así como la verdadera acción de gracias está en el buen empleo de las horas del día después que nos hemos alimentado con el Pan de los Ángeles.

¿Qué es lo que te impide obrar así? ¿Se necesita mucho tiempo para pensar en Nuestro Señor y para amarle? ¿Necesitas mucho tiempo para conservarte puro y bueno, y para proponerte en todas tus acciones un fin cristiano que las santifique? ¿Necesitarás mucho tiempo para consagrar todos tus pensamientos, afectos y deseos a la mayor gloria de Dios? **No se necesita más tiempo para ser bueno que para ser malo, ni para vivir por Jesucristo que para vivir por el mundo.**

- * **Cuando se comulga a menudo, este acto tan grande y trascendental llega a hacerse por rutina, y no causa ya ninguna impresión.**

Que no cause impresión a la imaginación y a los nervios, es posible; pero no sucede lo mismo con la voluntad.

Monseñor de Segur dice, hablando desde su experiencia dentro del ministerio sacerdotal:

...podía asistir pues mi ministerio me permite asistir cada día como testimonio a las **asombrosas y admirables transformaciones que la Comunión frecuente opera en los corazones bien dispuestos.**

No en la imaginación, en los nervios o en el sentimiento.

Cierto es que, si en la Comunión no se van a buscar sino las dulzuras de una devoción sensible, acontecerá a veces que vayan disminuyendo, a medida que más se frecuente el Santísimo Sacramento... Pero en la Comunión no hemos de ir a buscar una devoción sensible, lágrimas e impresiones: si Dios nos las da, démosle gracias por ello, a la manera que un niño da gracias a su madre por los dulces y golosinas que ésta le da después de la comida; pero así como los postres son poco nutritivos y no pasan de ser un accesorio de la comida, así también en la vida espiritual y devota, y **en la Comunión, que es el grande acto de la misma, debemos poner la mirada en lo sólido, debemos aspirar al acrecentamiento de las virtudes cristianas, de la humildad, de la mansedumbre, de la penitencia, de la propia abnegación y de la caridad, y no dar demasiada importancia a los consuelos sensibles, que en último resultado son unos como dulces y golosinas espirituales.**

San Alfonso dice:

No os engañe el pensar que tendréis más devoción cuando comulgaréis con menos frecuencia. No hay duda que come con más apetito el que come de tarde en tarde; pero en cambio está muy lejos de tener las fuerzas del que hace sus comidas a horas regulares. Si comulgáis pocas veces, acaso os sintáis más conmovidos, acaso vuestra devoción sea algo más sensible; pero no creáis por eso que vais a sacar más provecho de la Comunión, **porque a vuestra alma le faltarán fuerzas para evitar las faltas.**

No des, pues, demasiada importancia a un fervor algo más sensible, pero pasajero; y emprende el camino de la piedad con miras más elevadas, propone por objeto en tus Comuniones alcanzar el verdadero amor práctico de Jesús, y lo conseguirás siempre.

Las cosas sensibles no dan fuerzas para evitar las faltas. Busca esta espiritualidad seria.

*** Pero al comulgar mi corazón se queda frío e insensible: estoy distraído, y no siento el menor fervor, la menor devoción.**

Monseñor de Segur refuta esto aludiendo al pasaje de San Pedro, en la pesca milagrosa:

Cuando por la milagrosa pesca conoció San Pedro la divina santidad y majestad de Aquel que había entrado en su barca, se arrojó a los pies de Jesús, y le dijo: «Apartaos de mí, Señor, porque soy un hombre pecador». Y el buen Maestro le contestó: «No temas».

Vuelve ahora la frase del Señor a los que ponen esta objeción:

No temas tú tampoco: ¿no entregaste tu corazón a Dios? ¿no quieres servirle bien y fielmente? Pues no te pide más. **Las distracciones deben humillarnos**, no desanimarnos; está seguro de que la mayor parte de las veces no son voluntarias, y, por lo tanto, no nos privan del fruto de nuestras Comuniones. Si tienes buena voluntad, buena será también la Comunión.

Es claro que están las distracciones que son voluntarias que también tenemos que hacer el esfuerzo activo de no distraernos. Esos sentimientos de indignidad, dice:

Esas **son las pruebas con que el Señor purifica comúnmente a todos sus verdaderos servidores**; ésta la vía ordinaria por donde lleva a sus escogidos a la cima de la perfección cristiana; y precisamente la Comunión frecuente es, según Santa Teresa, «el mejor remedio para esas almas desoladas».

La Eucaristía es el fuego del amor de Dios; luego cuanto más frío te sientas, más cerca debes ponerte de ese fuego que despidе ardores divinos.

3- ¿QUIÉN CREE EN LA TRANSUBSTANCIACIÓN?⁶

¿Qué pasa con nosotros cuando creemos verdaderamente en la Transubstanciación? El título de esta parte es el mismo que tiene el escrito de padre Buela, del cual voy a tomar un par de puntos.

Por fin, podemos decir que el que cree en estas verdades que hemos mencionado ya hasta aquí, el que cree realmente en la presencia de Jesús en la Eucaristía, el que cree en la verdad de la Transubstanciación, puede tomar conciencia de muchísimos beneficios en todo el ámbito de su vida espiritual. Mencionemos algunos. Por ejemplo:

⁶ PADRE CARLOS MIGUEL BUELA, *Servidoras* – Tomo V, Iª Parte, Cap. 5.

El que cree en la Transubstanciación **cree:**

- * **En todas las verdades de fe**, crece en la esperanza contra toda esperanza, edifica su vida sobre el amor enseñado por Jesucristo.
- * **En la Creación.** Santo Tomás⁷ dice:

La conversión del pan y del vino en el Cuerpo y la Sangre del Salvador es tan admirable, singular, única y excepcional que es más difícil que la creación del mundo.
- * **En la Encarnación**, porque si Dios, por vía de concomitancia, se hace presente bajo las especies del pan y del vino, también puede hacerse presente al asumir hipostáticamente la naturaleza humana en las entrañas purísimas de la Virgen María, de manera que en Cristo se dan dos naturalezas, la Divina y la humana, unidas sustancialmente por la Única Persona del Verbo Divino, la Segunda Persona de la Santísima Trinidad.
- * **En la maternidad y en la virginidad de María**, porque si Dios tiene poder para hacerse presente en la especie ajena, más lo tiene para hacerse presente en especie propia naciendo de María, de Madre Virgen.
- * **En la Redención**, pues si por la Transubstanciación se perpetúa el Sacrificio de la Cruz donde murió por todos los hombres, ¡cuánto más lo pudo hacer en el Calvario!
- * **En la Iglesia**, la cual es la cosa más maravillosa del mundo: «es la congregación de los santos bajo Cristo, su Cabeza». Y «la Eucaristía edifica la Iglesia y la Iglesia hace la Eucaristía».
- * **En la conversión de los hombres**, en su lucha victoriosa contra la tentación y el pecado.
- * **En las vocaciones de especial consagración.**
- * **En la eficacia de la evangelización.**
- * **En la acción del Espíritu Santo** en el gobierno del mundo que ejerce según los dictados de la Providencia de Dios, de manera semejante a como la acción del Espíritu Santo obra en la Misa.
- * Además, el que cree en la transubstanciación, **tiene la certeza del triunfo sobre el mal.**
- * **En las verdades escatológicas** y esas verdades lo llenan de alegría. Sabe que los hombres y los pueblos tienen como fin último a Dios, quien para los que lo acepten tiene preparados bienes inconmensurables y «que sólo conoce Quién los dará». Sabe, por la Eucaristía, que «las obras de Dios son perfectas». (cf. Deut 32, 4)

⁷ SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Suma Teológica*, S.Th., III, 75, 8, ad 3.

- * **En la Palabra de Jesucristo** que dijo: «*Mi Carne es verdadera comida y mi Sangre es verdadera bebida. Quien coma mi Carne y beba mi Sangre está en mí y yo en él*». **(Jn 6, 55-56)**
El cual, señalando a su Madre, nos dijo a cada uno: «*He aquí a tu Madre*». **(Jn 19, 27)**
- * Por fin, **quien cree en la transubstanciación ¡es invencible!** Nada lo puede dañar.

Por eso pidámosle a la Santísima Virgen María, llamada bajo el título que le dio San Juan Pablo II, «La Mujer Eucarística», que nos ayude, que nos enseñe a comulgar, a recibir a Jesús en la Eucaristía con lo máximo de amor que podamos, convirtiéndonos todos nosotros en una fuente de amor para retribuir al menos un poquito, aunque sea, el amor que Dios nos tiene. Y por supuesto, para conseguir eso lo mejor que podemos hacer es pedirle a la Virgen que nos dé su Corazón, porque ningún corazón de criatura alguna en este mundo supo amar mejor a Jesús, supo contemplar mejor a Jesús, supo vivir mejor este contacto con Jesús, también en la Eucaristía, como la Virgen.

Entonces le vamos a pedir que nos conceda esta gracia de tener su Corazón, que nos lo preste en cada Comunión para recibir a su Hijo. Y con el Corazón de la Virgen, darle al Señor una morada en nuestro corazón.